

A través del espejo

Notas sueltas sobre el joven Reyes

Hugo Hiriart

Hace tiempo escribí en un librito mis opiniones sobre el maestro Reyes y nada me haría volver al asunto, pero me hallé *Cuestiones estéticas*, el asombroso primer libro del joven Reyes, claudiqué y volví a escribir sobre él.

El ensayo titulado genialmente “La Cárcel de Amor de Diego de San Pedro, novela perfecta” obedece a preocupaciones de existencialismo *avant la lettre*.

Es fácil resolver dónde se enteró el joven Reyes de la existencia de esta, cuando menos, recóndita novela. Fue en don Marcelino Menéndez y Pelayo. Lo que no es tan sencillo es responder la pregunta: ¿dónde consiguió el libro el joven escritor? (Ante eso mi mujer diría: *pobre muchacho, dedicado a esas cosas a esa edad*). Es imperdonable que no contemos con una biografía de don Alfonso, siendo que dejó puntuales y persistentes diarios y un alud de cartas.

El análisis de esta rara cuanto antigua novela empieza con una desmesura de Nietzsche: “Lo impersonal no tiene valor ninguno sobre la tierra”. Es decir, lo que importa es la realidad subjetiva, interna de las personas; lo objetivo, lo que no lleva firma, no tiene valor. Esta precipitada cuanto ruidosa proclamación habría que discutirla, pero no es hora de hacerlo. Limitémonos a hacer constar su aplicación a la narrativa.

Como bien saben, toda narración implica un punto de vista, es decir, alguien que narre. La novela realista francesa, con Flaubert a la cabeza, trató con éxito de diluir la presencia del narrador a través de un narrador, un punto de vista sin peculiaridades personales, objetivo, oculto y omnisciente (sabe hasta lo que piensan o ensueñan los personajes en su intimidad mental). No necesito recordarles glorias de esta literatura, como Stendhal, Balzac, Flaubert o Zola, entre otros muchos.

Pues bien, el maestro sostiene que nada de esto vale, porque no remite a la interioridad de un narrador personal. Bueno, ¿y por qué un catador literario finísimo como don Alfonso sostiene esta cosa tan rara?

Hay una sola razón: porque el que escribió *Cuestiones estéticas* no era el don Alfonso todavía, sino Alfonso, un joven ardiente y retador, como es común que sean los muchachos inteligentes.



Alfonso Reyes, 1915

Aquí vemos con claridad transparente que se registró una evolución en el arte del maestro, y lo vemos con alivio porque habría sido un milagro que don Alfonso hubiera nacido a las letras ya enteramente maduro y formado. Un milagro inexplicable frisan-do en lo grotesco.

Esta inexperiencia juvenil explica que en los ensayos breves de la segunda parte del libro, género en que Reyes será maes-tro absoluto, no se manifieste aún esa lige-reza, ese encanto ingravido y elocuente *que vale más que mil filosofías*.

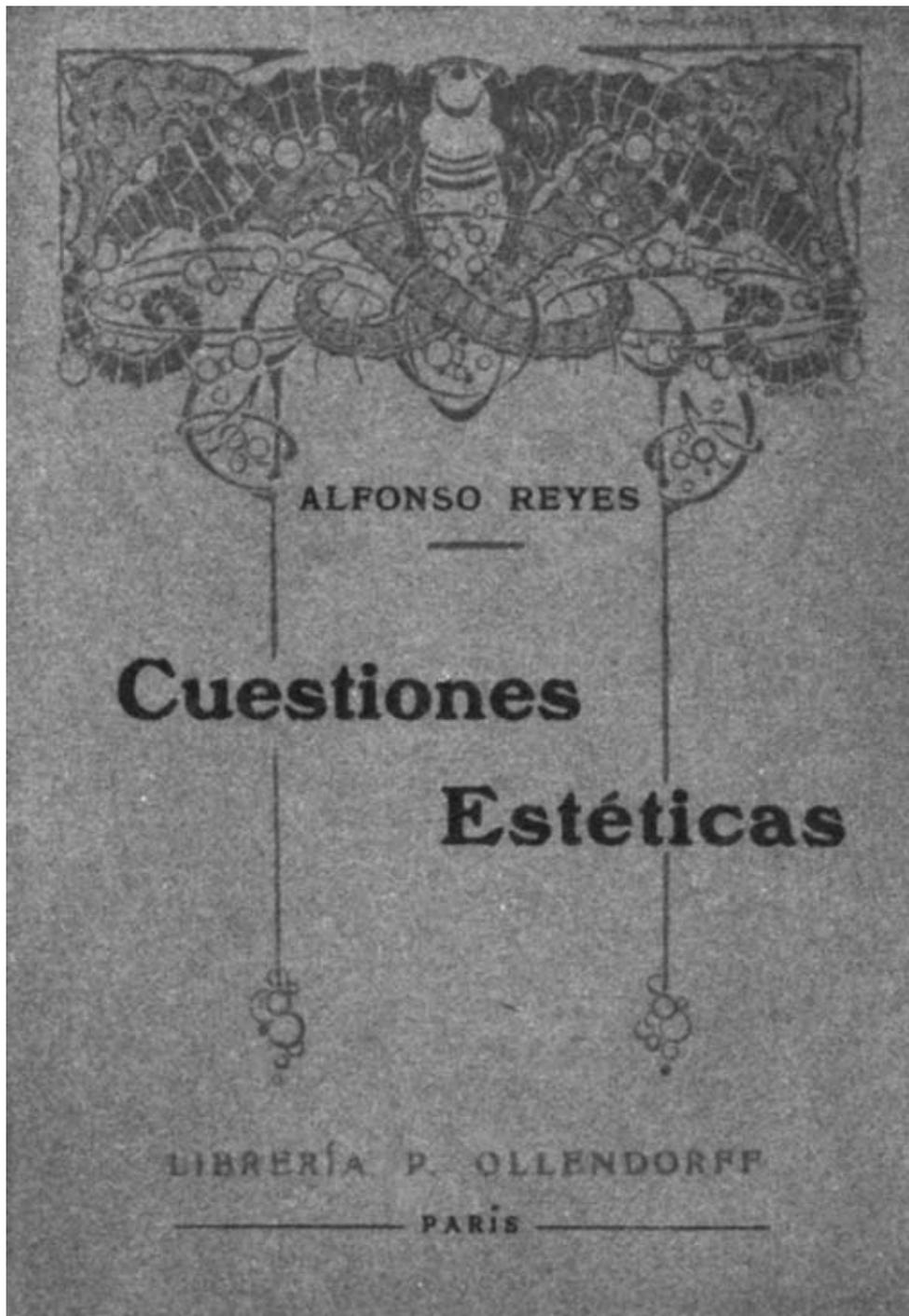
Una muestra de la ingravidez y encanto de Reyes. Me referiré a un procedimiento li-terario, el acceso indirecto que consiste en escalar las grandes obras por costados ines-perados. La sastrería en este caso, pues, en el ensayo sobre Goethe observa: “En la lectura de las memorias de Goethe, noté que descri-bía siempre y recordaba con particular aten-ción los menores detalles de su vestido...”.

Y sí, perdón que me cite, pero en una obra mía, donde se parodia el *Fausto*, pre-sume al presentarse Mefistófeles a Fausti-na (porque en mi versión Fausto es mu-jer), desfilando un poco como modelo en pasarela: “sí, para ahuyentar sus malos sue-ños, aquí estoy ataviado de noble caballero, un diseño del modisto Johann Wolfgang von Goethe: vestido rojo ribeteado de oro, capa corta o ferreruelo de seda recia y plu-ma del gallo que le cantó a San Pedro en el sombrero, ¿qué opinamos?”.

Ejemplo canónico del acceso indirecto alfonsino puede verse en el inmortal ensa-yo “El estornudo en la *Iliada*”. Y aquí me detengo abruptamente: cuando empezamos a hablar de Reyes, no tenemos para cuán-do acabar.

Pero demos fin a estas notas con una observación acerca del notable ensayo “Las tres Electras del teatro ateniense”. Quiero ilustrar el dominio que manifiesta Reyes en el galano arte de enumerar. La enume-ración forma parte del arte de la exuberan-cia. Sin exuberancia no puede escribirse como Cervantes ni como Reyes, con ese salero, autoridad, ligereza, puntería.

Y bueno, las Bellas Letras piden hacer ver, es decir, piden describir. Y describir es siempre enumerar. Vayamos ahora a la enu-meración de Reyes y veamos cómo cifra las obras enteras que estudia en un párrafo.



“Tántalo insolente y punido; Tiestes vo-mitando a sus hijos; y toda la caterva ilus-tre de los aqueos de bellas *cnémides* y de cascos lucientes, cuyas almas fueron pre-cipitadas al reino sombrío, y a quienes Aga-memnon gobernaba con la lanza temida; y toda la caterva ilustre de los troyanos re-gidos por Héctor, Matador de Hombres; y Agamemnon, vencido a mansalva, en el baño y entre caricias; y Egisto regocijado y cobarde; y Clitmnestra, ‘la hembra ma-tadora del macho’, apuñalada por su hijo; y Orestes que asesina y padece; e Ifigenia, víctima y virgen; y Menelao, egoísta, y ca-si indiferente en el teatro, si batallador en la epopeya; y el propio Píldes (tan impe-

ratorio y lacónico que, en Esquilo, ape-nas habla para recordar las consignas del Oráculo y desvanecer el titubeo del cu-chillo de Orestes ante el seno de la Tin-dárida), el propio Píldes, que parece la propia voz de los Destinos, y Casandra inspirada, y Helena irresponsable —los tres afluyendo a la gran fatalidad común de la raza de Tántalo—, todos, todos ellos completan el cuadro espléndidamente do-loroso. Y sola una sombra blanca, Electra, discurre, azorada, por la escena trágica, a manera de casta luz”.

Es insuperable el salero, la gracia, la puntería de las calificaciones alfonsinas, y no precisan glosa ni comentario alguno. **U**